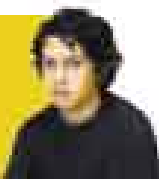


editorcronicas@comercio.com.pe

contracorriente

POR MUSUK NOLTE



MUNDO JOVEN. En Tumbes, en el muelle Canoas de Acapulco, los hijos de pescadores casi son una prolongación del mar. Se reúnen al atardecer para cumplir los clavados de cada verano. Es una competencia rigurosa que se repite una y otra vez. Aquí un reportaje gráfico



FOTOS: MUSUK NOLTE

Clavados en la caleta



La competencia es siempre la misma: gana quien logra separar con mayor distancia su cuerpo del muelle y logra el mejor clavado. Es una competencia rigurosa y con códigos implícitos que no necesitan escribirse. La efímera hazaña basta para salir orgulloso del mar y repetir los vuelos una y otra vez hasta que el cuerpo termine agotado.

Así sucede cada verano.

Entrada la tarde, un grupo de niños, todos hijos de pescadores, se reúnen en el muelle para clavar sus cabezas en el mar. Para nadar y jugar.

Todo esto sucede al norte del Perú. En Tumbes está el muelle

Canoas de Acapulco, una caleta de pescadores. El día que conocí a estos niños los adultos conversaban preocupados por la explosión de una embarcación que transportaba petróleo. El tema de discusión era la posibilidad de una contaminación.

Todo había sucedido a unos cuantos kilómetros de la orilla.

Los niños competían, ajenos a los problemas.

Luego de andar un rato por el muelle, una gaviota que sobrevolaba los restos de la pesca del día citó literalmente la ley de la gravedad y manifestó su proceso de digestión en mí. Julio, uno de los niños que jugaba en

el muelle atinó a gritar: ¡Es buena suerte! ¡Qué buena suerte! Después de sacudirme la suerte, no me quedó otra cosa que agradecer y esperar.

Entrada la tarde, entendí que la recompensa era esta escena: el breve trecho de la caída entre el salto y el roce con el agua, el cuerpo sumergido perdiéndose en el mar, la espuma que manifiesta su inmersión y luego la cabeza que emerge, se sacude y chapotea hacia la orilla.

Entendí que la fortuna pronosticada por Julio era estar en ese muelle viéndolos prolongar sus cuerpos hasta alcanzar el mar. Así fue como llegó la suerte. ■

